

CAPÍTULO II
LA PRIMERA HERIDA

I

PRONUNCIAMIENTO NEGRO.

Al Sur del Estado de Oaxaca, varias castas bravisa, no perdían la ocasión de insurreccionarse. Á principios de 1857 el *Precursor* Juárez fué al departamento insurrecto de Tehuantepec á predicar la paz, apenas apoyado militarmente por un batallón y una compañía de artillería.

Tras corta tregua, los tehuantepecanos siguieron peleando entre ellos, á reserva de pelear unidos contra la potencia de fuera que intentara arreglarlos... La agitación se propagó por el litoral del Pacífico hasta los confines del Estado de Guerrero. En esta región predomina una casta de mulatos y de negros, excelentes para batirse con ventaja en las tierras bajas y ardientes

contra los pobladores de las mesas. Un Don José M. Salado, distinguido *matasiete*, primero por cuenta de Santa-Anna, después por cuenta de la reacción clerical en la costa de Guerrero y Oaxaca, se levantó en el departamento de Jamiltepec con tal turba de negrillones tan fanatizados por los curas contra la Constitución naciente que el gobernador Juárez ordenó que saliesen á reducirlo varias compañías de Guardia Nacional á las órdenes del teniente coronel Dn. Manuel Velasco. Sumaban las compañías unidas poco más de 400 hombres. Mandaba la 1.^a de *Granaderos* (nombre que equivalía en la nomenclatura militar de entonces á *aguerridos*) el Capitán Porfirio Díaz (1).

II

LA BATALLA DE IXCAPA.

Después de larga y penosa marcha por vericuetos inundados (era el lluvioso mes de Agosto de 57) la pequeña tropa llega á la una de la tarde del día 13 al pueblo de Ixcapa en el rebelde Jamiltepec. Á las cuatro de la tarde comienzan escaramuzas de guerrillas, toques á la derecha, toques á la izquierda, y de repente los rebeldes, en número de seiscientos y tantos, aparecen atacando en masa por el frente á la tropa gobier-

(1) « Sali á la campaña con la compañía de Granaderos, la de mi Cuerpo, mandado por el Capitán Pedro Vera. Mi compañía estaba lista; no hacia mucho tiempo que la habia formado entresacándola de las demás, y tendria 100 hombres. » (Porfirio Díaz. *Mem.*)

nista que se repliega y se forma en guerrillas al rededor de la Iglesia, curato y casas municipales del pueblo... Los rebeldes extienden su línea y cargan impetuosamente á las cuatro y cuarto. Se vió venir á la negra empuñando grandes machetes — arma más familiar que el fusil para los *costeños* de esa región. Sin embargo traían también fusiles de corto alcance que disparaban al acercarse, entre tajo y tajo. Un tiro de una de esas descargas casi á quemaropa tocó al capitán Díaz en el momento de rechazar el ataque de una guerrilla que desembocó en una calle por el flanco derecho.

« Antes de chocar con la columna que descendía de una colina, y al pasar por una de las bocacalles del pueblo, apareció por la derecha, y á cortísima distancia otra que mandaba el coronel D. Pedro Gasca. Tuve pues que chocar primero con la de la derecha que con la que era objeto de mi marcha al iniciarla. En los primeros disparos que mediaron entre mi columna y la enemiga fui atravesado por una bala, de una costilla falsa izquierda á la fosa ilíaca derecha..... » (*Mem.*)

Al frente de su compañía, ante la descarga inminente, hizo un movimiento instintivo de defensa que consistió en la flexión y torsión de izquierda á derecha del tórax sobre el abdomen... Se le vió caer, levantarse luego pálido y sangrando; su herida parecía situada hacia el límite inferior del pecho... Casi al mismo tiempo, en otro sitio del combate, el subteniente Manuel Parada caía, herido también de bala, para no levantarse jamás.

Porfirio siguió combatiendo con gran sorpresa de sus

soldados y de él mismo. Rechazados por la derecha, los pronunciados redoblaron el ataque por el centro, en grueso pelotón capitaneado por el jefe mismo José M. Salado « que venía con su ejemplo animando á su gente (1). » Á un sargento que cargaba el fusil le fisuró la bóveda craneana de un machetazo. El acometido tuvo sin embargo fuerza y ánimo para disparar... Salió la bala con todo y baqueta hiriendo al jefe en pleno pecho. Luego le dió *el de gracia* con la bayoneta. Muerto Salado, los *saladistas* huyeron ya entrada la noche.

III

UN BALAZO EXTRAÑO.

Al sentirse herido el capitán Díaz distinguió dos sensaciones traumáticas: una hacia el reborde costal izquierdo, por donde entró el proyectil; otra hacia la cresta ilíaca derecha. Hubo en este último punto algo de crepitación huesosa acompañada de dolor agudo que el herido atribuyó á una lesión secundaria, consecutiva á su caída sobre el lado derecho. Al verse el sangriento orificio, su idea dominante era que tenía la bala en la cavidad, « dentro del cuerpo », y por lo tanto estaba perdido, herido de muerte. Sin embargo, con nueva sorpresa suya y del pequeño ejército, seguía de pie,

(1) Parte oficial del teniente coronel Velasco al Gobernador de Oaxaca.

sin desorden considerable... ¿ En qué órgano interno se había alojado la bala? es lo que el herido no sabía... Mucho menos lo han sabido sus biógrafos.

El General Ignacio M. Escudero, en sus *Apuntes Históricos* dice, repitiendo simplemente la frase del parte oficial de Velasco que « en la batalla de Ixcapa el capitán Díaz quedó gravemente herido. » Más explícito Bancroft habla de « varias heridas que recibió » (error: fué una sola) « una de las cuales corría desde el pecho diagonalmente hacia abajo, rompiendo el hueso... » ¿ Qué hueso? Tanto puede ser una costilla como el ilion, tanto el ilion como el gran trocánter. Eso de *diagonalmente hacia abajo* no dice nada respecto del trayecto ni de la gravedad de la herida... ¿ Fué superficial ó penetrante?

That is the question, a historical question, Mister Howe!

El otro anglosajón Southworth, que asegura en su prólogo haber gastado « seis meses en investigaciones », dice refiriéndose á Porfirio en Ixcapa: *in charging the enemy was badly wounded in the breast, the bullet passing close to his heart and lodging in his hip...* ¡ Lástima de seis meses, Mister! La bala no llegó á la « cadera » (*hip*), puesto que se detuvo en la cresta iliaca y después, según vamos á ver, fué extraída de otra región. El traductor español (*traductore, traduttore!*) empeoró la inexactitud inglesa, cuando con una *libertad de versión* que raya en lo cómico, dice: « La bala le había penetrado el esternón (*sic*) fracturándolo. » Si Mr. Soutworth en su texto, no habla para nada de

esternón fracturado, resulta que el traductor lo rompió á su cuenta y riesgo... Y sigue el biógrafo inglés hablando de la herida, y sigue el desbarro: *The impetuosity of his charge was all that saved his life, the rapid pulsation of the heart deflecting the bullet.* (Literalmente: La impetuosidad de la carga — la del capitán Díaz contra Salado — fué lo que salvó su vida; siendo desviada la bala por las rápidas pulsaciones del corazón.) « Eso de que un corazón que late fuertemente pueda hacer desviar un proyectil animado de tal fuerza que pasó de un lado del tórax hasta el ala del hueso coxal del lado opuesto es aserción que la fisiología cardíaca no podría admitir ni en calidad de « teoría »... Mucho menos se puede admitir en calidad de hecho: el *orificio de entrada* estaba debajo de la región precordial; no hubo fractura *costal* ni mucho menos *esternal*, accidente necesario para fundar *el choque desviatorio* á ese nivel, con una superficie huesosa...

El hecho fué: que el proyectil esférico entró hacia la unión del hipocondrio izquierdo y epigastrio, con una dirección oblicua de adelante á atrás, de arriba á abajo y de izquierda á derecha. Con tal dirección, si se supone al herido en la estación vertical, el proyectil hubiera penetrado primero al seno costo-diafragmático, perforado el diafragma, penetrado en seguida á la cavidad abdominal perforando el estómago, interesado quizá el riñón derecho... Tal trayecto y tales lesiones se ven ordinariamente en la autopsia con ese tipo frecuente de herida...

Pero el Capitán Díaz no estaba en la rectitud del soldado estacionario; iba en marcha, se inclinó, se contornó del modo ya dicho. En la flexión del tórax sobre el abdomen los músculos rectos, contraídos hasta cierto punto, transforman la convexidad normal de la pared abdominal en una superficie casi plana. Por una pared plana, el proyectil dirigido con la oblicuidad descrita, pudo seguir su curso de proyección rectilínea entre las diversas capas parietales sin desviarse hacia la capa peritoneal y la cavidad... Ese fué, en efecto, el trayecto del proyectil que, con un poco menos de retracción abdominal y unos cuantos milímetros de desviación interna hubiera ciertamente matado al capitán Díaz, en un tiempo en que un 99 p. 100 de las heridas penetrantes de abdomen eran mortales.

¿ Pasó la bala entre piel y aponeurosis, entre músculos y peritoneo ?... Es lo que no puede afirmarse á esta distancia cronológica... Lo único afirmable de un modo absoluto es que hubo allí un trayecto intersticial en el espesor de la pared, del hipocondrio izquierdo á la cresta iliaca derecha, midiendo algo más de treinta centímetros.

Es ese, sin exageración, un trayecto fenomenal. El que esto escribe (cirujano durante ocho años de los servicios de cirugía de urgencia, en la ciudad de México, y durante la mitad de ese tiempo, autopsista del *hospital de sangre* en la misma ciudad) ha visto toda especie de lesiones sorprendentes, porque proyectiles y cuchillos parecen jugar á la paradoja (no es alusión al Sr. Bul-

nes) en el cuerpo humano... de tal manera que no se admira de trayectos extravagantes, ni aun de que una bala que entró por el cráneo se encuentre incrustada en una vértebra dorsal. Pero por más que ha visto, nunca ha presenciado, ni siquiera se imaginaba, algo tan extraordinario como esa *tunelización* de la pared abdominal, con integridad de la capa peritoneal .. *ubi periculum*.

Y todavía el trayecto no acabó allí, en el hueso iliaco esquirlado; la bala siguió luego un trayecto secundario, según se verá.

IV

CIRUGÍA DE CERATO, POTASA, ETC.

El primer cirujano que se ocupó de la herida del capitán en una Hacienda cerca de Ixcapa, no lo hizo sino ocho días después de la fecha del trauma, y fué el *Doctor Esteban Calderón* (1).

(1) Curiosa coincidencia en esta vida llena de rarezas! El primer hombre con quien salió á la guerra se llamaba Esteban Aragón; y el primer cirujano que lo curó por su primera lesión de guerra fué el Doctor sinónimo: Esteban Calderón. — Antes de él, quien hizo la primera curación fué un licenciado: « El día de la batalla el mayor de mi cuerpo, Lic. Montiel, que en su juventud habia hecho algunos estudios de medicina, me aplicó por toda curación hilas secas en forma de lechinos ó tacos para detener la hemorragia. » (Porfirio Díaz. *Memorias*.)

La segunda curación la hizo un indio « que fundaba su atrevimiento para curar, en los conocimientos científicos que decia haber adquirido en el Hospital de San Cosme de Oaxaca donde estuvo algunas semanas en calidad de preso por ebrio. » Su curación se redujo á aplicarme un unguento que él confeccionó con resina de ocote, huevo y grasa, el cual me produjo abundante supuración » (*Mem*).

A semejanza del autor, este señor no se imaginaba el trayecto real de la bala. Creyó, como el herido, que la lesión de la cresta iliaca era una fractura de caída. Buscó el cuerpo vulnerante en la proximidad del orificio de entrada, que comenzaba á supurar. Luego al nivel de la línea media; en el mesogastrio, hizo una pequeña incisión que le sirvió para vaciar el foco y explorar, también inútilmente, el trayecto... Era el tiempo de los *sedales*. De la incisión al orificio, estableció, después de algunas dificultades para pasarlo, un sedal con un trozo de manta torcido en mecha...

El cuchillo no reposaba; á los pocos días de la contra-abertura en la línea media, el cirujano abrió otro foco supurante al nivel de la cresta iliaca lesionada y extrajo esquirlas.

Si aquella era la época de los sedales, era también la de los ceratos y los moxas. Después de mucho cerato el herido viajando penosamente (1) llega á Oaxaca en estado de infección subaguda. Allí, una serie de cirujanos (Los Doctores Carlíos, Ortega Reyes, Ramírez y

(1) « Después de 18 días de permanecer en la Hacienda del Pie de la Guesta, cuyo tiempo aprovechó el Dr. Calderón para preparar la curación de todos los heridos, y después de varias operaciones dolorosas que me practicó en busca de la bala sin encontrarla, emprendimos la marcha para la Hacienda que distaba cosa de 20 leguas, á donde llegamos á los tres días. Lo malo de los caminos y lo lluvioso del tiempo hizo que en una de las marchas resbalaran y me voltearan los cargadores que me llevaban en silla de manos, y eso me decidió á montar á caballo adicionando mi montura con almohadas para llevar cómodamente la pierna derecha que se resentía mucho de la perforación de la fosa ilíaca. Permanecimos en Tlaxiaco quince días y de allí me fui á Oaxaca donde llegué en la noche del 30 de septiembre de 1857. » (Porfirio Díaz. *Mem.*)

A. Gamboa) declaran la conveniencia de no tocar quirúrgicamente las heridas « por no empujar en la cavidad la bala » de situación problemática. Recurrieron á los moxas con gruesos emplastos ahuecados y rellenos de polasa cáustica... Las heridas se fueron reparando mal que bien, al amparo de esta antisepsia inconsciente de cauterio químico. La bala seguía perdida quién sabe dónde. Era preciso volver al combate.

V

LOS COBOS.

Acababa el año de 1857, y el Gobernador que sucedió á Juárez en Oaxaca, Don José M. Díaz Ordaz, se veía obligado á declarar la capital en estado de sitio. Con la declaración (hecha en 10 de diciembre de 57) lanzó una Proclama que decía :

« ¡ Guardias nacionales ! Es necesario demostrar á ese enemigo atrevido que vosotros sois los que habéis vencido gloriosamente á la Reacción en los campos de Acatlán é Ixcapa Unos españoles dirigen á esas gavillas. Demostrad á esos extranjeros que los guardias nacionales de Oaxaca saben hacer respetar el nombre del Estado. »

El capitán Díaz, con sus heridas (traumática y quirúrgica) mal cicatrizadas, acudió á ese llamado, regresando á Oaxaca desde Ixcapa.

Los *jefes españoles* que mandaban las *gavillas* agre-

soras eran los guerrilleros Moreno, Vicario, Conchado y los hermanos Cobos, Marcelino y José María. Este último, antiguo contrabandista, gozaba las consideraciones de principal de la banda, y ambos pertenecían á ese género de valientes santiguadores que hendían á un prójimo en el intervalo de un credo y una jaculatoria.

Pocos días después, el grueso de la fuerza de Cobos, superior en número á la Guardia Nacional, se apodera del centro de la ciudad. Los Cobos se instalan en Palacio, establecen su circuito de trincheras; la Guardia Nacional se repliega en algunos conventos... Repítese la vieja historia de campañas *intra-muros* de la capital oaxaqueña, mitad sitiadora, mitad sitiada.

VI

LOS SACOS DE HARINA.

Habla el entonces capitán Díaz, refiriéndose á su llegada á Oaxaca, tras la angustiosa marcha:

« Á poco de mi regreso á la ciudad de Oaxaca, después de la acción de Ixcapa, teniendo aún dificultad para andar, establecí mi habitación en el cuartel de la Mayoría del convento de Santo Domingo. Encontrándome allí todavía impedido, se acercó una columna á las órdenes de don José María Cobos que los conservadores mandaron de México sobre Oaxaca. Cobos ocupó la ciudad y estableció su Cuartel General en el Palacio

del Estado y el Gobernador, con las Guardias Nacionales á las órdenes del coronel Ignacio Mejía, se refugió en los conventos de Santo Domingo, El Carmen y Santa Catarina que fueron sitiados por las fuerzas de Cobos.

En momentos en que el Gobernador Díaz Ordaz y el coronel Ignacio Mejía se lamentaban en mi presencia de que había pocos oficiales disponibles, les manifesté que podían disponer de mí no obstante que mis heridas no habían cicatrizado. Aceptaron mis servicios y me nombraron comandante del fuerte de Santa Catarina, convento cercano á Santo Domingo... » (*Mem.*).

El entusiasmo de ciertos biógrafos, al hablar de la conducta de Porfirio Díaz en este primer sitio de Oaxaca les hace insistir en una *trinchera de costales ó sacos de harina* que atacó el capitán Díaz el 9 de Enero de 58.

Porfirio había visto que « las balas levantaban un polvo blanco de los tercios con que la trinchera estaba formada y comprendió que eran de harina (1). » Esta observación tenía su importancia para una fuerza combatiente que empezaba á carecer de víveres...

Las narraciones de este episodio están más ó menos plagadas de inexactitudes; y los biógrafos se ingenian para explicar con razones de orden militar *por qué no se llevó la harina...* Todo lo cual palidece ante un trozo autobiográfico que se refiere á la *trinchera de sacos* si-

(1) General I. Escudero. *Ibid.*